

II

TÁCTICA

Los viejos cánones del arte del toréer son, al dar un pase a un toro, esperar su carga (en español: *aguantar*), no romperse bajo la impetuosidad de él (esp: *parar*) y, con la tela, conducir al toro a través de donde uno quiere pasarlo (esp: *mandar*). Los tres tiempos se complementan entre sí y la inobservancia de uno de ellos es suficiente para comprometer a los demás. De hecho, si no dejamos que llegue la carga, comenzaremos por romper y, si rompemos, ya no ordenaremos el paso de la bestia. A esta regla general se añaden, por supuesto, detalles de ejecución, variando con la figura de los pases, dependiendo de si se toma el toro con la capa o la muleta, si se rasga con las dos manos o una, desde la derecha o la izquierda, si se sujeta la tela delante o por la espalda, si se quita de arriba o de abajo al final del pase, Ya sea que uno esté buscando un llamado efecto de castigo sobre la bestia o el adorno (esp: *licimiento*) o que, simplemente, uno quiera conducir al animal de un punto a otro de la arena. Así, obtenemos, en el cabo *la larga*, los *delantes*, las *recortes*, la *verónica*, las *lanzas del frente por detrás* (*gaoneras*, *orticinas*), la *chicuelina*, los *remates*, como la *demi-véronique* o la *rebolera*. Y, en la muleta, los pases asistidos, altos y bajos, los naturales, el pase de pecho, el *derechazo*, el *abanicando*, el *molinete*, la *manoletina*, etc... Todos los tratados de tauromaquia los describen en detalle y no nos parece útil detenernos en ellos a nuestro vez. Además, al final del volumen, hay fotografías que ilustran el principal de estos pases, que sigue siendo la mejor manera de ayudar a quienes los necesitan a reconocerlos en la *Plaza*. Otra obligación del torero es ajustar su gesto al ritmo de la carga del toro. Obviamente, si quita prematuramente el señuelo de los ojos de este último, se descubre a sí mismo y, si no, se expone a que la bestia le arranque la tela. Esta preocupación por el "timing" -como diríamos en inglés- se llama *templario*. Llevado a una meticulosidad extrema, le da al torero lo que se llama el *templo*, una cualidad bastante rara en el hombre y extremadamente apreciada por el público. El torero, dotado de templo, da la impresión literal de frenar, a su antojo, la impetuosidad del toro. Para ello, a veces utiliza una estratagema: bajar la mano en quien sostiene la tela en el momento en que el animal engancha su cabeza en ella. El toro, por el mero hecho de la posición que toma para seguir el señuelo, la mufla a nivel del suelo, naturalmente ralentiza su carga. Este es un resultado difícil de lograr con bestias que mantienen la cabeza en alto y se niegan a bajarla. Así que siempre son oponentes difíciles para el hombre. Finalmente, en aras de la estética, el torero tendrá que renunciar a la tentación de doblar las piernas y arquear el cuerpo (esp: *encorvarse*). Piernas extendidas, pecho recto, asegurará la extensión necesaria mediante la extensión de los brazos, con la ayuda de un movimiento giratorio del cinturón. Sin embargo, lo que acabamos de explicar hasta ahora es la única ejecución del pase. Si el hombre se contentara simplemente con respetar esta enseñanza, ciertamente sería atrapado en el segundo o tercer paso, si no en el primero. Un punto esencial, esencial para la seguridad del torero así como para su acción en la cabeza, es dirigir la carga del toro sobre un eje

que lo aleje del cuerpo del hombre. Es un problema táctico, por así decirlo, cuya solución se basa enteramente en un instinto característico de la bestia. El toro, contrariamente a la opinión popular, no es provocado por la vista de un color brillante. La prueba es que se rompe igual de bien con una gabardina o una toalla de felpa. En 1928, Manolo y Pepe Bienvenida toleraron dos días en el Madison Square Garden de Nueva York con telas verdes, impuestas por la Sociedad para la Protección de los Animales, y esta innovación no trajo ningún cambio en el juego habitual. *El toro se precipita sobre lo que se mueve e, inevitablemente, en la dirección del movimiento del objeto, para agarrarlo en el camino.*

El arte del hombre consiste, por lo tanto, en atraer al toro hasta el punto en que no saldrá por sí mismo. Es suficiente para él indicar un ligero movimiento en esta dirección y no perseguirlo una vez que la bestia es lanzada con toda su fuerza. Es, en resumen, como si estuviera tratando de engañar a un conductor decidido a aplastarlo desde la parte superior de su automóvil y comandara, con sus fintas, la acción del conductor en el volante. Por lo tanto, los toreros siempre recomiendan ir al cuerno opuesto (esp: *ir al piton contrario*). El cuerno opuesto es el opuesto al lado del toro en el que uno viene donde uno está parado. Por ejemplo, en el lado izquierdo, no hay problema con que el toro te mire, siempre que en el momento en que decida cargar, avancemos el señuelo hacia su cuerno y ojo derecho, haciéndole creer que huiremos en esta dirección. Esta es también la razón por la que el torero siempre tiene cuidado de no "perder terreno", es decir, después de cada pasada, ir ligeramente hacia adelante para mantener a la bestia en su ilusión. Por el contrario, el más mínimo retroceso, incluso si se debe a la indecisión o al miedo, indica a la bestia la verdadera salida del hombre y tiene el efecto inmediato de traerla de vuelta sobre él. Cuanto más se retire el hombre para escapar del toro, más cortará naturalmente su retirada el toro, y pronto no tendrá otro recurso que refugiarse detrás de la barrera. ¡Esta psicología animal es un arma de doble filo, que debe, a toda costa, elegir la correcta! Cuanto más confía el torero, más domina; Cuanto más miedo tiene, más se pone en peligro y, según la expresión española, se lanza el toro a sí mismo. Prácticamente, el torero se presenta desde el frente, ya sea que llegó al toro en línea recta o, ya, en una línea ligeramente sesgada, lo que tiene la ventaja de comenzar a engañar al animal. Cuando la carga del toro lo ha puesto al alcance del hombre, se defiende ligeramente a la izquierda – en el caso de un cabo dado o muleta pasar a la izquierda – avanza el señuelo en esta dirección y, arrastrándolo delante de la punta de los cuernos, y más particularmente delante del cuerno derecho, ordena el paso del toro como mejor le parezca. Depende de él dar una salida amplia o cerrada. La dosificación está en la acentuación de su gesto, en la más o menos gran suavidad que le pone. El detalle crucial es que el toro, que vino en línea recta sobre el hombre, es desviado, por él, en un oblicuo de más o menos grados. Este desplazamiento forzado de la "derecha" a la "oblicua" es lo que los españoles llaman *cargar la suerte*. No es solo una apuesta audaz sobre la psicología de la bestia. También es la manera, girando lentamente al paso del toro, acompañarlo lo más lejos posible de la mano izquierda – en este caso un pase dado a la izquierda – y "conducir" mejor. (En el *Toreo de muleta*, este acompañamiento con la mano se llama *correr la mano*. Es la característica de los grandes toreros). Y "conducir" implica dominar, encadenar pases, a

voluntad del artista, en un orden casi arquitectónico de su conjunto. Es fácil entender que el alargamiento del "derecho", si, sin embargo, acelera dramáticamente la carga del toro, tiene menos mérito que el alargamiento del "oblicuo" en el que el torero imprime su voluntad sobre la bestia, la sostiene y la dirige, mientras permanece al alcance de un golpe de cabeza, al menor error o distracción por su parte. El torero está esperando mientras el toro avance hacia él en línea recta. Él solo se retuerce realmente cuando la arrastra en el "oblicuo". Cincuenta centímetros de extensión adicional del "oblicuo" siempre han valido, por lo tanto, más de diez metros de extensión del "derecho". El toreo a base de *cargar la suerte* involucra toros con cargo gratuito. Esto no es necesariamente un lugar común. Muchos tienen un grano de carne de res más o menos acentuado (esp: *mansedumbre*): su carga es rara y desordenada (esp: *descompuesta*). Todos, o casi, acortan su longitud de carga por cansancio, durante la pelea, y la carga de *la suerte* no se practica impunemente con toros que se detienen a mitad de camino para levantar la cabeza en un peligroso *derrote* (golpe de cuerno desde arriba). Además, los toreros leales a esta escuela, como Pepe Luis Vázquez hoy en día, se ven obligados a cortar su *faena* de muleta (Faena, sinónimo de trabajo en español, comúnmente se refiere a todos los pases de muleta realizados por un matador) bastante temprano, incluso si eso significa extenderse con medias pasadas en las que, según la definición española, el toro "no pasa" y el torero permanece delante de la cabeza del toro. Este fue siempre el caso en la ya legendaria época de Lagartijo, Guerrita, Joselito e incluso Belmonte. Today, sin duda, bajo el impulso de un público nuevo en la tauromaquia y cuyos gustos son diferentes, sin duda, también, porque el aumento del precio del espectáculo implica una búsqueda de lo "maravilloso", la tendencia es multiplicarse en series de pasos de capa y espada o muleta y los toreros se han adaptado a ello de la manera más conveniente para ellos. En lugar de presentarse frente al toro, lo hacen de perfil, es decir, ya perfilados en el cuerno. Y dirigen la carga del toro al eje deseado, antes de que tiemble. Logran este resultado acercándose al cuerno opuesto con pequeños pasos, el señuelo sostenido a la altura o incluso ligeramente detrás del cuerpo. Si el animal los mira, se detienen, agitan imperceptiblemente la tela para fijar su atención en ella nuevamente (esp: *tocar el toro*) y reanudan su caminata. En el momento en que la bestia se precipita, dejan de avanzar y, lanzados sobre el eje que se le indicó, pasa por debajo de su vientre. Lo traen si es necesario, incluso si eso significa sacarlo después para mancharse de sangre frotando contra los lados del animal. El efecto en el público en su conjunto es muy grande. Ni un toro, ni siquiera un cobarde, rechaza media docena de acusaciones a esta presión. Las cargas de bestias valientes, cuando se agotan, pueden ser explotadas hasta los últimos centímetros. Además, habiendo pasado el cuerno al hombre al comienzo de la carga, es fácil para él posicionarse para el siguiente pase sin tener que conducir la cabeza de la bestia con el brazo extendido. Así puede unir sus pies, hacer la estatua y, si el corazón se lo dice, perder la mirada en el horizonte de los *tendidos* (sector de la plaza de toros donde se sienta el público). En otras palabras, el torero se encuentra en un eje paralelo a la carga del toro y ya no se mueve. Ha quitado lo oblicuo, el *cargar la suerte*, el desvío impuesto a plena carga de la bestia. Ya no lo hace pasar, lo deja desplazarse. E incluso si cita (palabra española que designa la acción de provocar la carga del toro) una o dos veces a una distancia espectacular, como se

hace muchas veces en nuestro tiempo, este alargamiento del "derecho", como mostramos, tiende solo a hacer olvidar al público la evasión del "oblicuo", tan difícil de rastrear y, Sin embargo, la esencia misma del arte de dominar a fondo a los toros (La prueba es que los seguidores del *perfil toreo* vuelven automáticamente a *cargar la suerte*, tan pronto como tienen que dominar a un oponente difícil con pases desde abajo). En resumen, jugamos más, luchamos menos. Aprovechamos el impulso de la bestia hasta que sigue la fatiga. Dejamos de imponerle toda nuestra voluntad. Esta forma de tolerar -sería infantil negarlo- es el resultado de investigaciones académicas, de aclaraciones en las que Manolete tuvo su mayor parte y que Litri empujó un poco más lejos (Litri tiende a presentarse de frente en sus *naturales*, pero no cobra, por todo eso, la *suerte* . Su característica es salir de un golpe bastante brusco de la muñeca y que imprime en la muleta una especie de latigazo cervical – esp: latigazo – en dirección al cuerno opuesto. Como lo hace en el último segundo, la emoción de la audiencia es muy grande. Este proceso tiene, sin embargo, la desventaja de no conducir a la bestia. Se contenta con recuperarlo cada vez que regresa y deshacerse de él de la misma manera. Es, mucho más que una esgrima, una constante manera cuerpo a cuerpo. Por otro lado, en sus famosas *manoletinas*, con los ojos vueltos hacia los espectadores, utiliza al cien por cien las ventajas de la posición de perfil). No está desprovisto de arte. Sin embargo, está lejos de ser universalmente aceptado. De hecho, la única dificultad del *toreo* de perfil, por lo demás tan conveniente, es llegar al cuerno opuesto antes de que el toro se vaya y los matadores lo hayan resuelto pesando, prematuramente, a sus oponentes por una intervención exagerada de los picadores. Ciertamente, entre las dos escuelas y sus extremos: la abrupta y tensa brecha señuelo del torero de la década de 1900 que tuvo el efecto de arrojar a la bestia muy lejos del hombre y la *manoletina*, esta forma paradójica de encontrar, con un cuerno pasado, un punto ciego en el cuello del toro, hay una especie de compromiso. Algunos especialistas lo llaman el *toreo de tres cuartos* . Mientras camina, si es necesario, hacia el cuerno opuesto antes de que el animal se apresure, el hombre, cuando se detiene, recibe la carga de tres cuartos. Por lo tanto, puede indicar la *carga* de la *suerte*, dibujar un oblicuo en un ángulo muy agudo, es cierto, pero de tal naturaleza que le permite ejercer un cierto control (esp: *viaje*) de la bestia.

Los toreros tortearon desde el frente a Belmonte (1914) desde tres cuartos hasta Manolete (1939) y, luego, de perfil. Tal abuso del perfil de posición siguió el ejemplo de Manolete que hoy los jóvenes toreros destacados (Antonio Ordóñez, Manolo Vázquez, por ejemplo) todos vuelven más o menos al *toreo* de tres cuartos, como novedad. Los artistas de la clase de Pepe Luis Vázquez y Luis Miguel Dominguin, de hecho, nunca lo habían abandonado. En cualquier caso, ya sea que uno sea arrancado del frente, de perfil o de tres cuartos, la táctica siempre se basa en la apelación hecha al "cuerno contrario". Las bestias se prestan hasta el infinito. Pueden suceder dos cosas. La primera es que, después de cinco o seis pasadas hechas en serie, el toro comienza a pegarse a ti (esp: *colarse*), a ralentizar su carga en el señuelo, a empezar de alguna manera a pensar en la captura que se le hace. La solución es entonces dejar que el toro "se refresque", de acuerdo con el vocabulario utilizado por los profesionales. Suspendemos el juego, nos alejamos varios pasos, para luego volver y atacar de nuevo. Esta

pose corta desintoxica, se podría decir, al toro y devuelve todo a su primer instinto. Es una práctica indispensable en las *faenas de muleta*, que por sí sola permite la extensión. También sucede que el toro aprende. En realidad, cada bestia comienza a aprender tan pronto como entra en la arena. Aprende más o menos rápido dependiendo de su naturaleza, también dependiendo de cómo se tolera. El exceso de capa pasa al principio, especialmente si están mal dados y tienden demasiado a convertir a la bestia sobre sí misma, la ponen en el camino de la verdad. De esto, se deduce la recomendación hecha a los subordinados (esp: *peones*) de limitar sus intervenciones a lo estrictamente necesario, para tolerar preferiblemente de frente y con una sola mano. Pero lo que el animal aprende es sólo que el hombre está detrás de la tela. Se detiene, entonces, a mitad de camino, luego gira abruptamente para recoger, como en un gancho a las piernas, a su oponente. La defensa del hombre, particularmente visible en las granjas donde algunas vacas son asadas varias veces hasta el punto de que los profesionales dicen de ellas que "terminan sabiendo latín", es no quedarse en el lugar cuando la cabeza está en los pliegues de la tela y moverse rápidamente hacia la cola del animal para escapar del agarre de los cuernos. Esta es otra valla que no permite cañones para o *mandar* de corridas de toros y requiere un movimiento constante. Pero lo curioso es que la posibilidad de la liberación *in extremis* del hombre descansa enteramente en la acentuación inicial del falso vínculo indicado a la bestia. El toro viene al cuerpo, según la expresión consagrada, no durante su carga, sino al final. No cesa, sin embargo, de obedecer la llamada al cuerno contrario, que luego será marcado desde lejos y con gran claridad para embarcar a la bestia en un galope acelerado, cuyo ardor la llevará más allá del punto crítico para el hombre. El instinto animal es tan profundo que sirve de base para todas las tácticas del torero. Otro instinto, no menos particular, comanda lo que podría considerarse la estrategia de combate en la arena y que es la cuestión del terreno, que ahora discutiremos.